

El futuro de la moneda única

Raymond Barre

En unos pocos meses la Comunidad Europea ha pasado de una fase de “euro-optimismo” a otra de “euro-pesimismo”. Por mi parte, preferiría situarme entre los “euro-lúcidos”, porque con frecuencia he visto cernirse el pesimismo más negro sobre la gran empresa inaugurada en los años cincuenta y en trance de continuarse, y después renacer el optimismo y dar nuevos pasos cuando, poco tiempo antes, se podía pensar que el horizonte estaba cerrado. Así, en las circunstancias actuales, me alegro de poder hablar del desafío político que plantea la moneda única.

Aunque es cierto que, en comparación con lo que ocurría hace unos meses, afrontamos dificultades cuya gravedad no debemos disimular, no lo es menos que, tras todos los esfuerzos llevados a cabo en la Comunidad, existe la voluntad profunda de no sacrificar lo que ha sido la obra más importante que los países europeos han ejecutado desde los años cincuenta. Existe también la voluntad de proseguir la obra emprendida, porque ésta corresponde no solamente a las aspiraciones de los miembros de la Comunidad desde 1950, sino también a las de todos nuestros amigos de Europa central y oriental que se han lanzado con mucho valor por el camino del pluralismo político, de la economía de mercado y de la apertura al comercio internacional, y que desean poder unirse a la Comunidad en los años venideros. Así, pues, es necesario que esta Comunidad exista y sea sólida.

Los acontecimientos negativos que pueden producirse en tal o cual momento no deberían separarnos de lo que es el objetivo a largo plazo: la creación de la Unión Europea, que queda claramente expresada en el Tratado de Maastricht. La gran novedad de este tratado es que no habla ya sólo de la Comunidad Europea, o de las Comunidades Europeas, o de la Comunidad Económica Europea. Efectivamente, el artículo primero del tratado declara que los jefes de Estado y de gobierno firmantes consideran que los pueblos y los Estados que constituyen la Comunidad deben formar una Unión Europea. Esta debe definirse, en particular, por la construcción de una Unión Económica y Monetaria.

Para apreciar los problemas vinculados a la Unión Europea y a la Unión Económica y Monetaria, me gustaría plantear tres cuestiones: ¿Por

Raymond Barre, catedrático de Economía de la Sorbona, fue primer ministro de Francia en los años 1976-1981.

qué Maastricht? ¿Por qué la crisis que acabamos de vivir? ¿Qué porvenir podemos concebir para la Unión Europea y la Unión Económica y Monetaria?

¿Por qué Maastricht?

No voy a tratar del conjunto del tratado. Lo que hay que tener claro es que, tras la caída del muro de Berlín, de la reunificación de Alemania, de la desaparición del imperio soviético y, más tarde, de la del propio imperio ruso, los jefes de Estado y de gobierno de Europa occidental comprendieron que, para afrontar los problemas del porvenir y, especialmente, los del siglo XXI, era absolutamente necesario reforzar la Comunidad, movilizar las voluntades y otorgar a esta Comunidad unos objetivos que fueran más allá de los simples fines del comercio intraeuropeo o de la política económica intraeuropea. Convendría hacer comprender claramente que queremos construir una Unión Europea capaz de ser en el futuro un interlocutor digno de crédito para las grandes potencias de hoy y del futuro, Estados Unidos, Japón y, mañana, China.

Para que esta Unión Europea pueda alcanzar ese objetivo, era necesario que poseyera tres atributos que son los propios de una potencia: una moneda única, una política exterior común y una defensa que puedan permitir hacer valer y salvaguardar los intereses de los países participantes en ella. Estos son los tres grandes nuevos objetivos del Tratado de Maastricht. Yo viví el Tratado de la CECA y el Tratado de Roma: se trataba de crear, respectivamente, una Comunidad del Carbón y del Acero y una Unión Aduanera. Pero nunca se habían fijado tan claramente tres grandes fines políticos dirigidos a la creación de la Unión Europea. Este es el sentido profundo de Maastricht. No hay que olvidarlo: doce jefes de Estado y de gobierno firmaron el tratado. Quizá hubo después retrasos e incidentes en los procedimientos de ratificación, pero los hombres responsables de nuestros países comprendieron muy bien que era necesario dar a los Estados miembros de la Comunidad Europea un objetivo claro y precisarlo en cierto número de ámbitos.

Así es como apareció la idea de la moneda única, que había sido objeto de numerosas discusiones. Se había planteado la cuestión de si hacía falta una moneda común o una moneda única. La moneda común sería una moneda que vendría a sumarse a las once que existen ya en la Comunidad. Por el contrario, la moneda única es una moneda que sustituye a las once ya existentes. La conclusión de los estudios sobre esta cuestión fue que era necesaria una moneda única. Si se pudo pensar en ella, fue porque desde 1969 los países de la Comunidad habían establecido progresivamente una organización que permitía armonizar las políticas monetarias mantenidas por los diversos países y, sobre todo, que tendía a estabilizar los tipos de cambio y a luchar contra la inflación que dominaba fuertemente, en aquella época, todas las economías europeas.

El Sistema Monetario Europeo (SME) se estableció en 1979. Recuerdo que cuando se impuso hubo un gran escepticismo. Sin embargo, desde esa fecha, funcionó, con muchos problemas, pero también con grandes ventajas, que se tradujeron en la estabilidad de los tipos de cambio y en el hecho de que los países de la Comunidad que pretendían asegurar esta estabilidad pusieron en ejecución políticas económicas convergentes, tendentes a reducir las tasas de inflación. Gracias a ello, en un mundo caracterizado por una gran inestabilidad monetaria, los países de la Comunidad representaban un islote de estabilidad de los tipos de cambio. Además, la intensificación de los intercambios comunitarios se ha visto, en buena parte, ligada a esta estabilidad monetaria. He observado, por mi parte, la evolución del Bundesbank que, aunque en 1979 no estaba contento de participar en el SME, no cesó, algunos años después, de ponderar sus méritos, por la sencilla razón de que favorecía el aumento de las exportaciones alemanas y evitaba constantes revaluaciones del marco en relación con las otras monedas europeas.

Así pues, el SME tuvo éxito. Yo diría que tuvo demasiado éxito, porque entre 1987 y 1991 los tipos de cambio fueron muy estables en Europa. Todo el mundo terminó por pensar que se mantendrían siempre estables y esta impresión es la que llevó a aceptar la idea de una moneda única. En efecto, la estabilidad de los tipos de cambio era una etapa indispensable para la constitución de una moneda única porque implica que, en realidad, se pueden ya intercambiar unas monedas por otras según un tipo fijo y que, en consecuencia, se pueden sustituir once monedas por una sola. Esto era tanto más importante cuanto que los países europeos trabajaban en el establecimiento de lo que se llama el mercado único y que el primero de enero de 1993 este mercado comenzó a funcionar en un clima de estabilidad monetaria. Cuando se examina la situación de Europa en el mundo se comprueba que, mientras el dólar flotaba y el yen ascendía y descendía paralelamente al dólar, en Europa occidental había una vasta zona en la que los cambios eran libres y se verificaban con tipos relativamente estables. Esta era una situación completamente satisfactoria desde el punto de vista de los Estados vecinos, porque Suiza, Austria y los países escandinavos se acercaron al SME a fin de poder ellos beneficiarse también de la estabilidad de las monedas. Pero, evidentemente, esta estabilidad no estaba definitivamente asegurada, por dos razones.

La primera es que se pueden mantener tipos de cambio estables, pero los elementos fundamentales, es decir las condiciones económicas de base de un país, pueden evolucionar y terminar por no justificar el tipo de cambio que se practica. Dicho de otra manera, los tipos de cambio dejan de ser realistas. En el interior del SME, la evolución de ciertos países ha sido origen de rupturas entre lo que era la estabilidad de los tipos de cambio y cierto número de desequilibrios propios de las diversas economías.

La segunda es la libertad total de los movimientos de capitales que se ha realizado en el seno de la Comunidad desde 1990 y sobre todo desde 1992. A

partir de ese momento, las monedas están expuestas a lo que es la característica del mundo en el que vivimos, es decir, la posibilidad de desplazamientos masivos de capitales desde un lugar financiero a otro. Estos capitales pueden sostener una moneda o, por el contrario, desequilibrarla. Está claro que cuando hay once monedas se encuentran con más facilidad puntos débiles que cuando se ataca a una sola. El hecho de que tuviéramos tipos de cambio estables, pero aplicados a once monedas cuyos elementos fundamentales quizás no eran siempre tan satisfactorios como sería posible, no podía dejar de tentar a los que poseían importantes capitales y querían, mediante movimientos masivos de estos, hacer rentables operaciones financieras.

En este clima, del que he presentado las ventajas y los inconvenientes, se vio, sin embargo, que se desarrollaba, sobre la base de las realizaciones del SME, una ambición que quedó formalizada por los gobiernos de los bancos centrales reunidos en comités bajo el mandato del presidente de la Comisión, Jacques Delors. Esta ambición se expresó en el deseo de crear una moneda única. ¿Por qué? Las razones son muy sencillas.

La primera es que cuando se hace un mercado único es preferible tener una moneda única. El antiguo canciller de la República Federal de Alemania, Helmut Schmidt, no dejó de preguntar durante estos últimos años qué sería del mercado único de Estados Unidos si hubiera once monedas desde Seattle hasta Boston. No hay más que una moneda en ese inmenso mercado, el dólar. Una moneda, pues, para un mercado.

En segundo lugar, la ambición era política. Hacía falta tener una moneda para encarnar la Unión Europea. Cuando se piensa en Estados Unidos se piensa en el dólar, cuando se piensa en Japón se piensa en el yen. Cuando se analiza la fuerza de Alemania Federal, es el marco lo que acude a la mente. Si mañana la Unión Europea tuviera credibilidad en el mundo, sería preciso que viniera a la mente una moneda, el ecu –o cualquier otro nombre– que pudiera simbolizar la fuerza de la economía europea. Esta moneda tiene todas las probabilidades de ser una moneda estable, porque los europeos están, de manera general, más ligados a la estabilidad de la moneda que otros países, y en particular los anglosajones.

Finalmente, hay una tercera razón. Todo el mundo procura hoy tener un sistema monetario internacional estable. Desde que la crisis del dólar hizo saltar el sistema de Bretton Woods, nos hallamos frente a lo que se llama un no-sistema monetario. Todo el mundo intenta recrear un sistema. No es fácil, pero las cosas podrían hacerse más practicables si hubiera tres grandes monedas: el dólar, el yen y una moneda europea, y pudieran entonces definirse unas reglas de juego que permitieran hacer funcionar de nuevo un sistema estable del que tiene necesidad el mundo para el desarrollo de sus intercambios y el crecimiento de su prosperidad.

Estas son las tres razones que se hallan en el origen de la ambición de una moneda única. Hemos partido, pues, de la constatación de un hecho: el SME funcionaba bien. Al mismo tiempo, parecía que podía constituir la

base para establecer una moneda única que respondiera a las necesidades inmediatas de la Comunidad, puesto que se trataba de hacer funcionar el mercado único y de presentar un fondo más sólido a los movimientos de capitales. Este es el punto en que se encontraba la situación a comienzos de 1993, en los meses que precedieron a la crisis que iba a sacudir el SME.

¿Por qué la crisis?

La crisis comenzó por un asalto de los movimientos de capitales especulativos sobre la libra esterlina y la lira. La primera se salió del SME. La segunda se devaluó inicialmente, pero, ante los golpes redoblados de la especulación, también tuvo que salirse. La tercera moneda amenazada por la especulación fue la peseta, pero el Gobierno español, que siempre ha demostrado su devoción a la construcción europea, prefirió devaluar la peseta y permanecer en el mecanismo de cambio europeo. Esta fue la primera dificultad.

La segunda dificultad se manifestó tras el referéndum francés. Se produjeron movimientos especulativos contra el franco francés. Se pudieron detener dos veces por una estrecha colaboración del Bundesbank y del Banco de Francia. Estos dos bancos centrales decidieron defender la relación entre el marco y el franco, no sólo porque es esencial para el funcionamiento del SME, sino también porque no había razón alguna desde el punto de vista de los elementos fundamentales – tasa de inflación, balanza comercial, política monetaria y presupuestaria – para intentar romper el lazo entre el franco francés y el marco. La situación francesa era en aquel momento muy sana.

Pero se lanzó un tercer asalto, que condujo el primero de agosto de 1993 a una modificación del SME: mientras que antes los márgenes de fluctuación eran del 2,25 por cien por encima y por debajo del tipo central, se ampliaron al 15 por cien.

¿Cómo explicar estos movimientos diversos? Es evidente que, en lo que se refiere a la libra, la lira y la peseta, era necesario ajustar los tipos de cambio en función de los datos fundamentales de la economía. En esos tres países, los tipos de cambio no eran ya realistas y no se mantenían sino por tipos de interés extraordinariamente elevados. Antes o después, habría sido necesario verificar los ajustes. Lo desafortunado es que no se hicieran colectivamente en la primavera de 1993, cuando se veía con claridad que se producían disparidades y que sería necesario aplicar remedios.

Por otra parte, la situación económica general de la Comunidad padecía debilidades que afectaban a dos elementos: la primera es la recesión de la actividad económica, acompañada de un fuerte desempleo que provocaba inquietudes en cierto número de países; la segunda estaba vinculada a la reunificación alemana. Esta no fue tratada en el plano económico con una política que asociase los instrumentos monetarios y el presupuesto. Según la jerga de los economistas, la *policy mix*, es decir la

combinación de la política monetaria conducida por el banco central y la política presupuestaria seguida por el Gobierno alemán fue deficiente. En efecto, el Gobierno de la República Federal no quiso financiar la reunificación recurriendo a los impuestos. La financió, pues, con un déficit presupuestario y con un aumento de los empréstitos. El Bundesbank, viendo que aumentaba la inflación y comprobando que su origen se hallaba en la amplitud del déficit, y ansioso de defender la estabilidad del marco, se vio forzado a elevar fuertemente los tipos de interés. Pero, como estos últimos son tipos directores para el conjunto de la Comunidad, los otros países debieron ajustarse a los tipos alemanes. En aquel momento se criticó mucho al Bundesbank. Creo que ese juicio no es justo, porque el Bundesbank hizo lo que debía hacer teniendo en cuenta el hecho de que el Gobierno de la República Federal no tomaba las medidas necesarias para hacer frente a las consecuencias de la reunificación. En cualquier caso, todos los mercados se daban cuenta de que los niveles elevados de los tipos de interés alemanes, que debían ser seguidos por los otros países, no podían ser soportables durante mucho tiempo ni por los otros países ni por la propia Alemania, porque este país se encuentra desde hace un año en recesión y ha experimentado un descenso de su producto nacional de cerca del dos por cien, cosa nunca vista desde los años cincuenta.

Por encima de estos factores generales existen unos factores particulares que conciernen al franco. Por una parte, éste se ha visto expuesto a lo que yo llamaría una vulnerabilidad política. Durante el mes que siguió al referéndum sobre el Tratado de Maastricht, y que precedió a las elecciones legislativas de Francia, numerosos dirigentes políticos defendieron con apasionamiento la tesis según la cual era necesario para Francia abandonar el SME, no seguir ligada al marco alemán y no continuar ajustando los tipos de interés franceses a los tipos alemanes, todo lo cual animó, desde luego, la campaña electoral. Pero los mercados internacionales podían preguntarse si, en el caso en que las elecciones causaran un cambio de mayoría, esta última no iría a cambiar la política monetaria y europea de Francia. Al día siguiente de las elecciones, el nuevo Gobierno anunció solemnemente que proseguiría la política de sus predecesores, es decir, la política del franco fuerte y de la estabilidad en la relación entre el franco y el marco. Es evidente que la situación del franco se había debilitado y que los poseedores de capitales extranjeros se preguntaron si una acción violenta sobre éste no se traduciría en una ruptura del SME y, sobre todo, en copiosas ganancias ligadas a la especulación. En efecto, cuando se producen movimientos de este género, las ganancias son fácilmente del orden de los mil millones de dólares cuando no de varios miles de millones. Existía, pues, esta vulnerabilidad política.

Por añadidura, el nuevo Gobierno francés ha asumido riesgos: ha centrado su nueva política económica sobre la idea de la baja de los tipos de interés, dando así la impresión de que esperaba de Alemania un descenso de sus tipos. Habiendo podido alcanzar, en un momento dado, el

nivel de los tipos alemanes, se ha considerado suficientemente fuerte para reducir los suyos por debajo de aquellos. Era un riesgo que no se debía correr, porque la reacción fue inmediata. El Gobierno se había comprometido demasiado en la baja de los tipos de interés para poder elevarlos de nuevo y, por otra parte, fue imposible obtener del Bundesbank un descenso satisfactorio de los tipos de interés alemanes que hubiera permitido que la situación se calmase. Yo diría que las autoridades monetarias francesas han querido ir demasiado aprisa; las alemanas, por su parte, han querido ir demasiado lentamente. De ahí la crisis que condujo a esas transformaciones del SME.

Debo decir, sin embargo, que durante estos últimos meses el Bundesbank, cuya política siempre he comprendido y defendido, especialmente en mi país, no ha mostrado la amplitud de miras que hubiera sido necesaria en las circunstancias que atravesaban los socios de Alemania en el seno de la Comunidad. Creo que el Bundesbank ha dado pruebas de un espíritu provinciano, por no decir parroquial, que le ha llevado a razonar en función sólo de los intereses de Alemania, sin tener en cuenta el papel que ésta asumía en el SME. Creo que le habría sido posible arbitrar en condiciones algo más suaves la evolución de los tipos de interés alemanes, lo que habría evitado a sus socios de la Comunidad cierto número de consecuencias desagradables. Hubo quien lo dijo: el ex canciller Helmut Schmidt. No hablaría yo de estas cosas si el antiguo canciller no hubiera llamado la atención de sus compatriotas sobre el hecho de que los socios de Alemania no deben considerar que la política de Alemania la hace el Bundesbank. Si la política alemana llegara a suscitar reacciones demasiado negativas por parte de sus socios europeos, tendrá que temer una coalición contra ella. Es ésta una consecuencia que debemos tener en cuenta. Ello no impidió que, a pesar de estas dificultades, tras la crisis del mes de agosto de 1993, lejos de seguir los consejos de reducir fuertemente los tipos de interés y devaluar las otras monedas europeas con referencia al marco alemán, cierto número de países, y en especial Francia, actuaron de manera que las políticas de los tipos de interés y del tipo de cambio no se gestionaran independientemente de esta relación que debe mantenerse con el marco.

Pero la especulación no ha dicho su última palabra. Tengo la sensación de que, sin duda, los especuladores se interesan siempre por los considerables beneficios que pueden conseguir con ocasión de los movimientos sobre las monedas, pero creo también que ha existido en cierto número de autoridades monetarias y financieras extranjeras alguna reticencia con respecto a los proyectos europeos de constituir una moneda única. Todo lo que pudiera retrasar la realización de este objetivo debía acogerse con cierta satisfacción. No estoy seguro de que aquellos que, por razones políticas, hayan podido inspirar o sostener tales movimientos hayan salido, a fin de cuentas, ganadores del juego que se han esforzado en jugar. En cualquier caso, la cuestión se plantea hoy, y éste será el tercer punto que querría evocar.

¿Ha muerto la Unión Económica y Monetaria?

Se leen los periódicos, se oyen las declaraciones, especialmente las extra-europeas, y es raro que no se considere la Unión Económica y Monetaria como muerta al nacer. Yo no lo creo. Me ha llamado la atención el hecho de que, en lo peor de esta crisis (fin de agosto, comienzos de septiembre del pasado año), los responsables políticos de los países europeos se preocuparan por actuar de manera que no se pusiera en entredicho el mecanismo global del SME y que los objetivos fijados por el Tratado de Maastricht quedasen confirmados. Por otra parte, unas semanas más tarde ratificaron el tratado todos los países miembros. No se puede decir, entonces, que haya desaparecido. Estará presente y convendrá aplicarlo. Mi respuesta, por lo tanto, es: no, el proyecto de Unión Económica y Monetaria no ha muerto.

Segunda pregunta: ¿podrá realizarse la Unión Económica y Monetaria en los plazos previstos por el Tratado de Maastricht? El canciller Kohl dijo que era posible que hubiera que demorar un año o dos la realización económica y monetaria, es decir, hasta después de 1997. Creo que la observación del canciller es de buen sentido. En muchos casos, fechas que se habían previsto, se han retrasado sin que el destino de la Comunidad se pusiera en peligro. Lo que es importante es que el primero de enero de 1993 todos los Gobiernos de la Comunidad decidieron desarrollar la Unión Económica y los mecanismos de coordinación monetaria de las políticas económicas y de convergencia indispensables para alcanzar el objetivo final. Según mi humilde opinión, yo no mantendría 1997.

Pero si la Comunidad consigue salir de la recesión actual en los dos o tres años próximos, nada impedirá que cierto número de países de la Comunidad estén en condiciones de crear esa moneda única.

¿Podrán hacerlo en esa fecha todos los países de la Comunidad? Aquí es –y éste constituye mi tercer punto– donde nos encontramos con la idea de la geometría variable. Los principios fijados por el Tratado de Maastricht son muy importantes. Todo el mundo está de acuerdo en los mismos objetivos. Si ciertos países no pueden cubrir esos objetivos, disponen de un período transitorio en cuyo transcurso sus socios les ayudan a alcanzarlos. Los países que no pueden unirse a sus socios que emprenden acciones nuevas no tienen derecho a bloquear a estos. Son los tres principios esenciales. Nadie está excluido; cada uno puede en todo momento unirse al sistema puesto en aplicación. Esto es lo que hicimos en 1979 para el SME. Gran Bretaña nos dijo entonces: estamos interesados en el sistema, lo aprobamos, pero no queremos participar inmediatamente. Se le contestó: quedan ustedes al margen del sistema, cuando quieran se les acogerá en él con los brazos abiertos. Entraron diez años después. Siempre me ha impresionado una declaración de las autoridades del Banco de Inglaterra que evocaba la famosa cláusula del Tratado de Maastricht que permite a Gran Bretaña mantenerse fuera de la Unión Monetaria en el momento en que se realice. Hicieron destacar que esta cláusula

podría también interpretarse como una cláusula que daba asimismo a Gran Bretaña el derecho a optar en favor de la participación.

No creo, por mi parte, que a plazo medio y largo puedan los países europeos quedarse voluntariamente al margen de un sistema que reagruparía las economías más importantes del continente ni que quieran privarse de estas ventajas. Así es como veo los años venideros. No dudo que habrá dificultades y de que todo esto requerirá tiempo. Pero la Comunidad se ha hecho de esta forma. Hace ya cuarenta años que evoluciona regularmente, a veces con lentitud, a veces de forma algo más rápida, pero la característica constante de la Comunidad ha sido la irreversibilidad. Jamás se ha ido hacia atrás. Siempre se ha procurado que las realizaciones positivas quedaran salvaguardadas e incluso, si no se podía alcanzar nuevos objetivos con la rapidez que se deseaba, por lo menos el principio era conservar lo adquirido. Creo que ese espíritu va a continuar inspirando la secuencia de los acontecimientos dentro de la Comunidad. En la hora actual atravesamos en Europa una situación difícil. Todos nuestros países sufren recesión y paro, y se interrogan sobre la competencia cada vez más implacable que llega del exterior. Todos nuestros países saben que no van a poder escapar de las consecuencias de esta competencia mediante un proteccionismo que no corresponde al mundo nuevo en el que nos hallamos.

Por consiguiente, todos están empeñados en un proceso muy profundo de adaptación. Y tanto mejor conseguirán llevarlo a cabo cuanto lo hagan juntos y trabajen en un marco de estabilidad monetaria. Podrán dotarse así de instrumentos mediante los cuales se pueda intervenir eficazmente en el plano internacional, es decir, esencialmente, una moneda estable codiciada por los demás países y los demás agentes económicos de todo el mundo. En este estado de espíritu mido, en lo que me concierne, las dificultades que hemos de afrontar. No subestimo los problemas que se han planteado recientemente, pero no quería que se crease, a partir de esos problemas, una sensación de que el porvenir está cerrado.

La construcción de la Comunidad responde al interés profundo de todos nuestros países. Es hija de la necesidad. Si todos nuestros países han decidido, desde hace tantos años, empeñarse en el camino de la construcción de una Comunidad, y después en el camino de la construcción de la Unión Europea, es que todos ellos, cualesquiera que sean, han comprendido que en el mundo de mañana ninguno de los países europeos, comprendida Alemania Federal, no lo olvidemos, tiene ni la dimensión ni la capacidad necesarias para hacer frente a los grandes conjuntos que van a ejercer en el mundo una competencia a la que no podrán escapar y que tiene probabilidades de ser implacable. La Comunidad, así como la Unión Europea, son hijas de la necesidad, y esta última lleva a la sabiduría de las naciones: la unión hace la fuerza. Por esta razón creo que el desafío esencial que nos plantea la moneda única es que debemos preparar el porvenir que elijamos. Podemos hacer que sea brillante o, por el contrario, aceptar convertirnos en un conjunto de naciones de segundo orden en el mundo, pero jamás ha sido ésta la posición de los europeos, y creo que los europeos de hoy y de mañana sabrán hacer frente al desafío del siglo XXI.